





POMPEYA





MIRELLA ROMERO RECIO

POMPEYA

VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN
DE LA CIUDAD SEPULTADA
POR EL VESUBIO

 **Editorial El Ateneo**

la esfera  de los libros

Romero Recio, Mirella

Pompeya : muerte y resurrección de la ciudad sepultada
por el Vesubio . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
El Ateneo; La Esfera de los Libros, 2014.

456 p. ; 24x16 cm.

ISBN 978-950-02-0724-9

1. Historia Universal. I. Título
CDD 909

Pompeya. Muerte y resurrección de la ciudad sepultada por el Vesubio

© Mirella Romero Recio, 2010

© La Esfera de los Libros, S. L., 2010

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina,
el Caribe y los EE. UU.

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros – España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición en España: mayo de 2010

1ª edición en Argentina: julio de 2014

ISBN 978-950-02-0724-9

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires
en julio de 2014.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	13

Primera parte **POMPEYA EN LA ANTIGÜEDAD**

I. Pompeya nace, crece y madura	21
II. Pompeya palpita: la vida en la ciudad	57
El latido de la calle	59
La vida en las casas	85
La actividad en política	116
El placer del ocio	123
El pulso a la religión	144
La ciudad sin pulso	168
III. Pompeya sufre y muere	181

Segunda parte
POMPEYA PARA LA POSTERIDAD

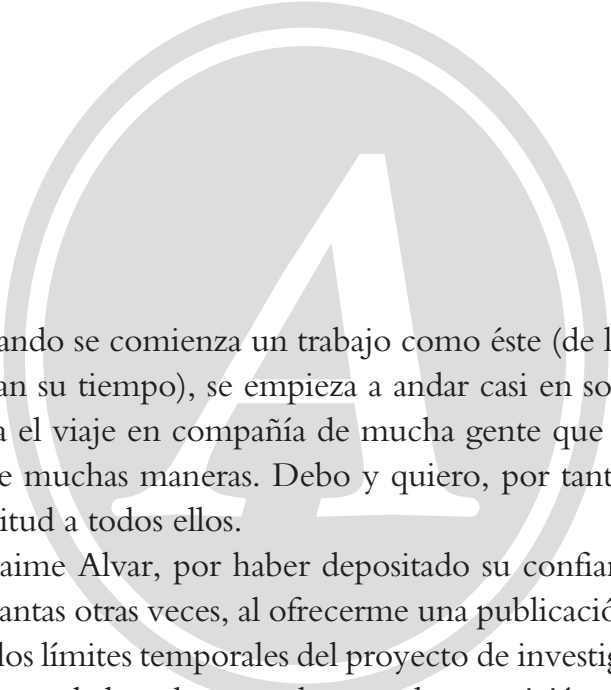
IV. La apoteosis: Pompeya resucita	223
Las excavaciones en el siglo XVIII	224
Las excavaciones en el siglo XIX	244
Las excavaciones en el siglo XX y en la actualidad .	260
V. Todo el mundo quiere visitar Pompeya: viajeros y turistas	269
VI. Eterna Pompeya. Siempre viva	329
Protagonista de novela	331
Modelo en las artes decorativas	361
Musa en el arte	380
Diva en el teatro y la ópera	414
Estrella de cine y televisión	424
¿Hasta cuándo?	431
<i>Notas</i>	433
<i>Bibliografía</i>	445



A Jorge y a Mónica, por el tiempo que Pompeya os robó.



AGRADECIMIENTOS



Cuando se comienza un trabajo como éste (de los que llevan su tiempo), se empieza a andar casi en solitario y se termina el viaje en compañía de mucha gente que te ha ayudado de muchas maneras. Debo y quiero, por tanto, mostrar mi gratitud a todos ellos.

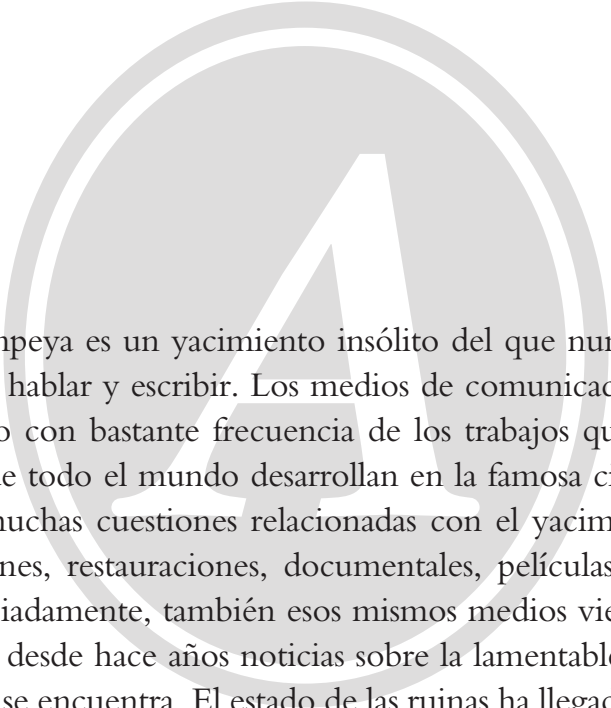
A Jaime Alvar, por haber depositado su confianza en mí, como tantas otras veces, al ofrecerme una publicación que disparaba los límites temporales del proyecto de investigación que entonces acababan de concedernos y la exposición que no hemos podido realizar. Su entusiasmo en la propuesta me aterrizó, pero al final aquí está. Gracias. A Guillermo Chico, por confiarme la elaboración de esta monografía con la que tanto he disfrutado y, sobre todo, por tolerar en silencio mi tardanza. A mis alumnos del curso de humanidades sobre Pompeya, porque, aunque ellos no lo sepan, consiguieron ordenar muchas cosas en mi cabeza. A Lola Santonja e Inma Muro, de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Carlos III, por atender mis (siempre urgentes) solicitudes. A los colegas y

amigos Ricardo del Molino, Elena Muñiz y Clelia Martínez Maza, porque siempre han estado ahí. A mi primera «hija académica», Paula Fontao, por leer el manuscrito e inyectarme su entusiasmo. A mis amigas Blanca Gómez, por sus desvelos, y Cristina Pérez Morato, Laura Miguel y Nuria Jiménez, por ser las mejores fans del mundo. A mi hermana Olga Romero por apoyar, como siempre, mi trabajo y darme su cariño. A mis niños, Jorge y Mónica, porque han tenido que competir con Pompeya y el Vesubio por la atención de su madre (perdón, perdón), y especialmente a mi marido, Pedro Crespo, sufridor nato, por acompañarme en mis andanzas pompeyanas, leer el manuscrito y hacerme la vida tan fácil.

Este libro tiene algo de todos vosotros y seguro que de algunos más. A ellos, también gracias.

Por otra parte, debo decir que este trabajo es fruto de dos proyectos de investigación que han estudiado el impacto de los descubrimientos de Herculano y Pompeya en España (*Ecos de un descubrimiento: Pompeya, Herculano y España de 1738 a 1900*, CCG07-UC3M/HUM-3289, y *Ecos de un descubrimiento II: Pompeya, Herculano y España de 1900 a 2000*, CCG08-UC3M/HUM-4251). Así pues, deseo también agradecer a la Comunidad Autónoma de Madrid y a la Universidad Carlos III la concesión y financiación de dichos proyectos.

INTRODUCCIÓN



Pompeya es un yacimiento insólito del que nunca se deja de hablar y escribir. Los medios de comunicación se hacen eco con bastante frecuencia de los trabajos que arqueólogos de todo el mundo desarrollan en la famosa ciudad y de otras muchas cuestiones relacionadas con el yacimiento (exposiciones, restauraciones, documentales, películas...), pero, desgraciadamente, también esos mismos medios vienen recogiendo desde hace años noticias sobre la lamentable situación en que se encuentra. El estado de las ruinas ha llegado a ser tan preocupante que recientemente el gobierno italiano designó un comisario especial para que abordase una serie de medidas urgentes destinadas a frenar el deterioro ocasionado por la llegada masiva de turistas, el vandalismo y la falta de inversiones. ¿Acabará el hombre en poco más de un cuarto de milenio con lo que no pudo acabar la tremenda furia de un volcán?, se preguntan muchos especialistas y amantes de la arqueología.

Pompeya es noticia y lo viene siendo desde que comenzaron las excavaciones en el año 1748. Ya entonces corrió como

la pólvora la primicia de este descubrimiento sin igual que atrajo a multitud de eruditos, coleccionistas y curiosos hasta un yacimiento blindado por el monarca napolitano, que no era otro que el futuro Carlos III de España. Y ya entonces, como ahora, se criticaba el estado de conservación de los hallazgos, así como el trabajo de quienes dirigían las excavaciones y extraían los valiosos objetos que nutrían el Palacio de Portici. Y es que Pompeya ha atraído como pocos yacimientos arqueológicos porque permite algo que difícilmente se puede conseguir: hacer que el visitante se traslade en el tiempo, justo al momento en que la erupción del Vesubio detuvo la vida de la ciudad entre el 24 y el 25 de agosto del año 79 d.C. Contemplar las calles, las casas e incluso a sus habitantes inmortalizados como estatuas de yeso, entrar en sus tabernas y en sus templos, observar sus preferencias políticas escritas en las paredes o recorrer sus murallas, entre otras miles de experiencias, eso es lo que sólo se puede hacer en Pompeya, y por eso su descubrimiento ha inspirado a novelistas, poetas, pintores, músicos o cineastas, y ha hecho correr no ríos, sino mares de tinta entre especialistas, diletantes y viajeros. Todos han amado y aman Pompeya, todos han deseado y desean ir a Pompeya, y la ciudad a pocos o ninguno ha decepcionado en poco menos de tres siglos.

La lista de personalidades que visitaron la ciudad es casi interminable. Goethe, Stendhal, Chateaubriand, Blasco Ibáñez, Unamuno, Pérez Galdós, Mérida, Poynter, Alma-Tadema, Benlliure, Le Corbusier y muchos más. Todos ellos eran (y son) conocidos, ejercieron profesiones diferentes, procedían de lugares distintos, podían tener ideologías contrapuestas, pero todos compartieron algo: estuvieron en Pompeya, la admiraron y nos han legado algún testimonio de ese encuentro.

Pompeya puede despertar sentimientos contradictorios, pero nunca indiferencia. Ha sido definida como ciudad mo-

mificada, ciudad destapada, ciudad muerta, ciudad sepultada, ciudad arruinada, ciudad resucitada, Antigüedad viva, fotografía de la Antigüedad, esqueleto de ciudad, voluptuosa ciudad, ciudad entregada al sueño y muchos otros calificativos. Efectivamente, Pompeya es todo eso y mucho más, o al menos lo es para alguna de esas numerosas personas que la han visitado y lo es para quien ha encontrado en sus ruinas una fuente de inspiración.

Esa inspiración ha sido en muchas ocasiones tan profunda que ha traspasado los límites de la realidad y de la propia historia. La Pompeya de la novela de Bulwer-Lytton fue muchísimo mejor conocida que la que estudió a fondo un arqueólogo como Fiorelli, y los motivos «pompeyanos» de los decoradores del XVIII y el XIX fueron más familiares para los nobles que los disfrutaron, que las auténticas pinturas murales que embellecían los edificios de la ciudad campana.

Desde esta perspectiva, podemos decir que hay muchas Pompeyas: la del historiador, la del arqueólogo (aunque pueda parecer extraño, a veces las interpretaciones de unos y otros difieren bastante), la del escritor, la del artista, la del político, la del director de cine, la del documentalista de televisión, la del periodista, la del turista y seguro que unas cuantas más. Pero claro, a estas Pompeyas podemos añadir la del que nunca ha visitado el yacimiento, pero ha accedido a la visión de la ciudad que tiene el escritor, el artista, el político, el director de cine, el documentalista de televisión, el periodista y un amigo suyo que hizo turismo en la ciudad el año pasado.

¿Cuál es la auténtica Pompeya? Pues todas ellas, porque han conformado una realidad que, en mayor o menor medida, ha ganado autonomía, o ninguna, ni siquiera la que con datos objetivos reconstruyen día a día con esfuerzo los arqueólogos e historiadores. ¿Por qué? Porque a pesar de ser un yacimien-

to riquísimo, que ofrece un tipo de información inexistente en otros lugares, las ausencias siguen siendo significativas. También porque ni siquiera los propios pompeyanos, si pudiéramos preguntarles, se pondrían de acuerdo al explicarnos cómo era su ciudad. Seguro que los magistrados miembros de familias ricas que vivían en grandes mansiones no tenían una percepción de la ciudad semejante a quienes habitaban en un altillo de la taberna alternando con gentes de todo tipo. Ni siquiera nosotros, en la actualidad, alcanzamos a tener una visión perfecta del lugar en el que vivimos, y eso que contamos con numerosos medios de comunicación que nos ponen al día de cuanto sucede.

Evidentemente, estas dificultades no nos pueden conducir al desaliento, sino todo lo contrario. Los historiadores debemos recopilar todos los datos posibles para hacer investigaciones e interpretaciones rigurosas que nos aproximen de la mejor manera posible a la realidad histórica. Pero los historiadores también estamos obligados a cuestionarnos cómo se ha gestado nuestro concepto de Antigüedad —en su contexto histórico, político, social...—, pues, de lo contrario, corremos el tremendo riesgo de considerar algunas cuestiones como dogmas de fe incuestionables. Por esa razón, este libro pretende mostrar a un público heterogéneo, por un lado, cuál es la interpretación que los arqueólogos e historiadores hacen de la Pompeya antigua, y por otro, cómo se han alcanzado esas conclusiones, teniendo en cuenta que han existido, y existen, otras visiones de la ciudad campana que han podido llegar a influir (incluso) en la imagen de los propios investigadores.

La obra, así pues, quiere que el lector observe cuantas Pompeyas se han gestado desde hace más de doscientos sesenta años. Por supuesto, se dedica una mayor atención a la Pompeya en la que investigan los especialistas; por eso, la primera

parte está dedicada a la reconstrucción de la historia de la ciudad basándose en el estudio de los datos recuperados por la arqueología. Éstos nos permiten realizar un recorrido diacrónico desde la génesis de Pompeya hasta su desaparición, así como un acercamiento a su vida cotidiana. Por esta razón, como si fuera un organismo vivo, veremos nacer y morir a la ciudad, pero también la veremos palpar e intentaremos ir tomándole el pulso en cada uno de sus rincones.

La segunda parte dirige su mirada a los ecos que el descubrimiento de la ciudad campana han tenido en todo el mundo. La recuperación de las ruinas causó un gran impacto y aceleró el proceso de formalización de la arqueología como disciplina científica, así como el avance de los estudios sobre mundo antiguo (especialmente en historia de Roma), pero también fue un revulsivo en otros ámbitos. Esos influjos sobre distintas disciplinas han conseguido mantener a la ciudad latiendo hasta nuestros días. Ése es el motivo de que en esta segunda parte sigamos aludiendo a Pompeya como un organismo vivo que se resiste a desaparecer. Disfrutemos con él.



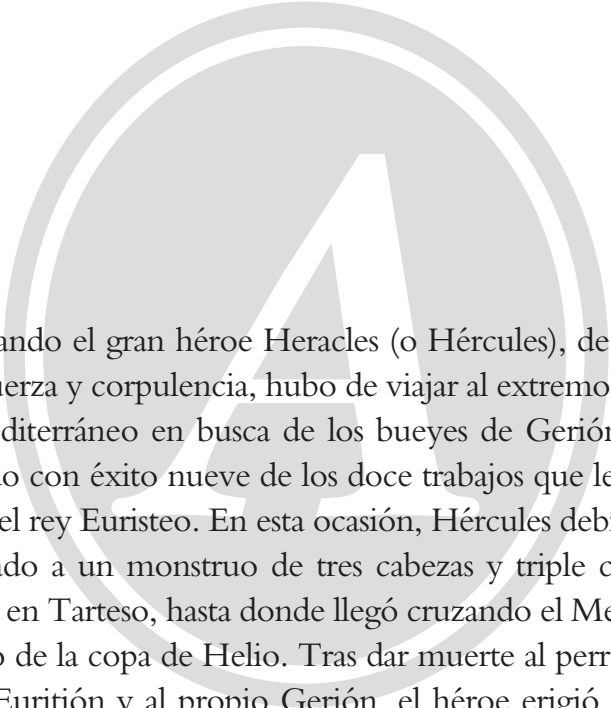
PRIMERA PARTE
POMPEYA EN LA ANTIGÜEDAD





I

POMPEYA NACE, CRECE Y MADURA



Cuando el gran héroe Heracles (o Hércules), de proverbial fuerza y corpulencia, hubo de viajar al extremo occidental del Mediterráneo en busca de los bueyes de Gerión, ya había realizado con éxito nueve de los doce trabajos que le había impuesto el rey Euristeo. En esta ocasión, Hércules debía arrebatarse su ganado a un monstruo de tres cabezas y triple cuerpo que reinaba en Tarteso, hasta donde llegó cruzando el Mediterráneo a bordo de la copa de Helio. Tras dar muerte al perro Ortro, al pastor Euritión y al propio Gerión, el héroe erigió las famosas columnas que llevan su nombre en el estrecho de Gibraltar y, embarcando los bueyes en la copa, puso rumbo de nuevo a Tirinto, en el Peloponeso. Pero en su viaje de regreso en tan singular navío, Hércules, como todos los navegantes de la Antigüedad, fue barajando la costa, lo que le permitió visitar las riberas de la península itálica. Allí, el héroe civilizador habría hecho desfilar a sus bueyes, trofeo que tantos esfuerzos le había costado obtener, como en una gran procesión —*pompé*, como decían los griegos—, por lo que habría decidido llamar Pompeya a la

ciudad que fundó en ese preciso lugar: [...] *ab ipso [Hercule] in Campania Pompeios, qua victor ex Hispania pompam boum duxerat*.¹ La vecina Herculano, como no podía ser de otro modo, también recibió su nombre en honor del héroe, como nos recuerda Dionisio de Halicarnaso, rétor e historiador del siglo I a.C.²

Según este mito, los orígenes de Pompeya no podían ser más ilustres, pues habría sido fundada por el propio Hércules —aunque luego fuese consagrada a Venus, muchos años más tarde— antes incluso de que tuviese lugar el acontecimiento bélico que todos los griegos tomaban como referente gracias a los famosos poemas homéricos, la guerra de Troya. Teniendo en cuenta que en la Antigüedad todas las localidades, grandes y pequeñas, debían certificar sus distinguidos inicios recurriendo al nacimiento, defunción, visita o asentamiento de un héroe o dios —incluida la mismísima Roma—, Pompeya no quedaba malparada en las tradiciones míticas desplazadas a Occidente por los griegos. Desde luego, Hércules, de haber tenido algo que ver con la fundación de la ciudad, podría haberse sentido orgulloso, pues habría gestado la única urbe que ha sobrevivido casi íntegramente, y por los terribles azares del destino, hasta el siglo XXI. Qué equivocado, en cierto modo, estaría el poeta hispano del siglo I d.C. Marco Valerio Marcial cuando, poco después de haberse producido la erupción del Vesubio que sepultaría Pompeya, Herculano y Estabia, se lamentaba diciendo:

Aquí tienes al Vesubio poco ha verdoso de umbrosas vides,
aquí la noble uva hacía desbordar las cubas rebosantes;
estas cumbres amaba más Baco que a las colinas de Nisa,
en este monte poco ha los sátiros se entregaban a sus danzas.
Ésta es la morada de Venus, más grata para ella que

[la Lacedemonia,

este lugar fue esclarecido por la divinidad de Hércules.
Todo yace sepultado por el fuego y la funesta ceniza:
ni los propios dioses habrían querido que eso hubiera
[estado en su poder.³

¿Seguro que los dioses no hubieran querido hacer trascender su obra a través de tantos siglos?

Parece que los habitantes de Campania no identificaban el monte Vesubio con un volcán, ni siquiera existía un término en latín que significase «volcán» tal y como nosotros lo entendemos. Lo que sí sabían era que el entorno del Vesubio era muy fértil, como lo son todas aquellas zonas en las que se han depositado los minerales procedentes de las cenizas volcánicas. Esa riqueza natural había invitado al asentamiento de poblaciones y, entre todas ellas, Pompeya iba a ocupar un lugar destacado, pues su ubicación en la desembocadura del río Sarno convertiría la ciudad en un importante núcleo de comunicaciones con el interior, así como en uno de los puertos comerciales más relevantes de la zona.

Los arqueólogos han localizado asentamientos de época Neolítica, uno de ellos —a las afueras de Nola— asolado también por una erupción del volcán en el iv milenio. Durante la Edad del Hierro aumentaron los asentamientos y los contactos con habitantes de otros territorios más al norte de la península itálica, donde se estaba desarrollando la Cultura Villanoviana. La razón fundamental era el comercio de metales, como constata la aparición de armaduras datadas en el siglo ix a.C.

Algunos historiadores creen que el nombre de Pompeya se debe a la adopción de un topónimo osco que significa «cinco» (*pumpe*). En el caso de la ciudad campana podría estar haciendo

referencia a la unión de cinco grupos o aldeas en torno a un solo núcleo urbano. Éste es el modelo de la formación de la *polis* en Grecia, lo que se conoce con el término «sinecismo», es decir, la creación de una ciudad-estado gracias a la unión de varias entidades menores, proceso que habría dado origen, por ejemplo, a Atenas.

Teniendo en cuenta que los restos arqueológicos más antiguos encontrados en Pompeya datan del siglo VI a.C. (también hay más antiguos, pero son muy escasos), se ha considerado que la fundación de este establecimiento se habría producido en torno a esas fechas y no antes, aunque resulta cuando menos curioso que ya en esta centuria se hubiese establecido el perímetro actual de la ciudad. Efectivamente, a pesar de que todos los indicios apuntan a que el núcleo habitacional estaba situado en la zona sudoccidental, lo que se conoce como *Altstadt* o «Ciudad Vieja» (en torno al área del foro y del Foro Triangular, donde las calles son irregulares frente a lo que sucede en el resto de la ciudad), el trazado de la muralla y la ubicación de las puertas ya había sido fijado en el siglo VI, delimitando un espacio que alcanza unas 66 hectáreas.

Desde que Amedeo Maiuri iniciase, a partir del año 1924, excavaciones por debajo del nivel del siglo I d.C., en todos los lugares donde se han abordado trabajos de este tipo se han encontrado materiales del siglo VI y, muy ocasionalmente, anteriores a esa fecha. Estos últimos podrían ser indicios de una ocupación anterior, aunque son muy escasos. Se trata de huellas de poste, pozos y fragmentos cerámicos datados entre los siglos VIII y VII a.C. que se han podido localizar en algunas casas, como la de Amaranto o la de José II, así como algunos pedazos de cerámica de la Edad del Bronce hallados en la Casa de Marco Lucrecio Fronto y próximos al Templo de Venus, e incluso un hacha de piedra y otros materiales de época neolí-

tica aparecidos junto a la puerta de Nuceria y a la Casa de los Castos Amantes.

En los alrededores del núcleo pompeyano sí hay indicios de comunidades asentadas desde el siglo VIII e incluso antes, como hemos visto. En el golfo de Nápoles encontramos, además, la colonia griega más antigua de occidente, Pitecusa, en la actual isla de Ischia, fechada en torno al 775 a.C., y también en ese entorno se encuentra Cumas, fundada por los eubeos algo más tarde. Sin embargo, éstas no son precisamente las huellas más antiguas dejadas por gentes procedentes del Egeo en la zona, pues sabemos que los viajes de exploración se venían desarrollando desde una época anterior y que posiblemente en torno al 1400 a.C. los micénicos ya habían establecido algunas factorías destinadas a facilitar los contactos comerciales con este territorio. Ischia se encontraba en una de esas rutas por la que transitaban las naves micénicas. Mitos como el de Hércules, que explican el origen de la ciudad a través de la etimología del nombre (*pompê*), mostrarían no sólo un desplazamiento de las leyendas hacia el occidente mediterráneo cuanto éste entraba dentro de la órbita griega, sino también un recuerdo de las dificultades que encontraron los primeros navegantes que se aventuraron en mares ignotos plagados de peligros a los que se otorgaría, a falta de una explicación racional, un valor sobrenatural, favoreciendo la génesis de un conjunto de seres imaginarios a medio camino entre lo salvaje y lo civilizado, como Caribdis y Escila en el estrecho de Mesina o las sirenas en el golfo de Nápoles.

Parece claro que tanto el viaje de Heracles/Hércules como el de otros héroes griegos como Odiseo y los Argonautas por el occidente mediterráneo muestran experiencias que podrían remontarse a los micénicos y que serían renovadas por los fenicios. Estos últimos, asentados en el litoral oriental del Me-

diterráneo, habían iniciado su expansión hacia occidente en el siglo IX a.C., aunque con anterioridad ya habrían llevado a cabo viajes de exploración. En el último cuarto del siglo IX habían fundado Cartago (en la actual Túnez) y a comienzos del siglo VIII a.C., Cádiz. Es evidente que fenicios y griegos, que se movían por los mismos lugares, compartieron las experiencias del viaje y, por supuesto, también aquellas que afectaban a la religiosidad y a los espacios donde ésta se manifestaba. Esto nos lleva a pensar que tal vez en Pompeya también se podría haber producido una comunión de este tipo.

Sabemos que hacia el siglo VI a.C. se levantó un templo de orden dórico en la zona donde después se construiría el Foro Triangular (en la «Ciudad Vieja»), pero que en ese momento era todavía una zona periférica. Este templo sufrió una reforma en el siglo IV en la que aparece Heracles-Hércules. El héroe se muestra en las decoraciones de las antefijas junto a una diosa, probablemente Atenea/Minerva, pues dentro del santuario han aparecido figurillas de terracota que representan a la diosa, y en una inscripción osca de la vía de la Abundancia se indica que en esta zona había «un edificio público anejo al Templo de Minerva», es decir, el santuario del que estamos hablando, el Templo Dórico. Estos datos, junto a algunos otros, han permitido pensar que, en una época mucho más antigua, este santuario podría haber sido un espacio consagrado por los fenicios a Heracles-Melkart (dios supremo de la actividad colonial, encargado además de sancionar las actividades comerciales fenicias en el extremo occidental del Mediterráneo) y Atenea-Astarté; de ahí la asociación del héroe con la fundación de la ciudad. Así pues, fenicios y griegos compartieron, quizá, las experiencias religiosas del viaje desde un momento muy antiguo en Pompeya. Tengamos en cuenta que durante la Antigüedad, los primeros contactos comerciales que las po-

blaciones extranjeras establecían con las autóctonas requerían un espacio sagrado en el que las divinidades actuasen como sancionadoras de esa actividad. Teniendo como testigos a los dioses, ambas partes, en principio, encontrarían la seguridad a la hora de establecer negocios con unos desconocidos. ¿Sucedería eso en el área sagrada donde después se levantaría el Templo Dórico y en otros lugares de Pompeya? Desde luego uno de los edificios en los que se han detectado restos más antiguos es precisamente un templo dedicado a una divinidad griega, Apolo.

Hemos visto cómo los griegos fundaron frente a la costa campana la colonia más antigua de Occidente, Pitecusa, pero no estaría sola mucho tiempo. Acuciados por la falta de tierras en sus pequeñas ciudades-estado (*poleis*), saturados por el aumento demográfico y la crisis social (*stasis*) derivada de la falta de recursos con los que abastecer a la población, los griegos se lanzaron a la aventura colonial. Se trataba de enviar a una parte de la comunidad a fundar una ciudad en otro lugar para descongestionar la metrópoli y facilitar el acceso a los bienes básicos a los que se quedaban. Por esta razón, los eubeos fundaron en la costa campana Cumas, y desde aquí, Neápolis. Más tarde llegarían Posidonia y Elea.

La costa meridional de la península itálica quedó salpicada de colonias griegas como Síbaris, Regio, Crotona o Tarento, tan importantes para la Hélade que toda la región sería conocida como la Magna Grecia. Las fundaciones siciliotas gozaron de la misma relevancia y los restos arqueológicos que aún hoy se conservan muestran la grandeza de unas ciudades —como Mégara Hiblaea, Siracusa o Selinunte— que nada tenían que envidiar a *poleis* de honda tradición helénica como Corinto, Mégara o incluso la misma Atenas. Su organización espacial y política era la misma, pues al constituir sus colonias seguían

el modelo de la metrópoli, trazando los límites de la ciudad, estableciendo claramente los lugares donde habían de ubicarse los espacios públicos, las casas y, de forma significativa, los santuarios, espacios dedicados a los cultos que habían transportado desde sus lugares de origen.

Las expediciones coloniales griegas comenzaban pidiendo consejo al dios Apolo en su oráculo de Delfos. Estos oráculos a veces eran tan ambiguos que el *oikistes*, director de la expedición, tenía serias dificultades para interpretarlos adecuadamente. Los dioses debían velar por una aventura tremendamente peligrosa como era viajar por mar y establecerse en un lugar que, aunque conocido gracias a los viajes de exploración realizados con anterioridad, era nuevo para ellos. Por esta razón, se recurría constantemente a las divinidades, antes de zarpar y durante la travesía, buscando su apoyo. Los colonos llevaban además consigo el fuego sagrado que debía permanecer encendido hasta llegar al lugar definitivo. Una vez arribados a su destino, los dioses debían recibir su parcela, como los restantes integrantes de la expedición. Esos espacios sacros permitirían a los nuevos ciudadanos seguir honrando a sus dioses, pero también encontrar un espacio neutral donde establecer relaciones con los pueblos autóctonos. Los santuarios extraurbanos marcarían, por último, la *chora* (el territorio) de la nueva colonia, que pasaba a ser autónoma y soberana organizando su vida ciudadana a imagen de la metrópoli pero totalmente independiente de ella.

Desde luego, si no a Heracles/Hércules, a los griegos que iniciaron su expansión por toda la cuenca mediterránea a partir del siglo VIII a.C. no les hubiese importado asentarse en un lugar como Pompeya. Éstos buscaban pequeñas islas, promontorios costeros, penínsulas que facilitasen los contactos comercia-

les con la metrópoli y el resto del Mediterráneo. Sus enclaves solían aprovechar las desembocaduras de los ríos, que servían como arterias de comunicación con el interior y garantizaban la existencia de zonas fértiles que cultivar. Pompeya disfrutaba de estas ventajas, además de disponer de las ricas tierras de las laderas del Vesubio, que proporcionaban excelentes campos de cultivo a sus habitantes.

Es una evidencia indiscutible que no sólo el sur de Italia, donde los griegos establecieron sus *poleis*, sino también el resto de la península se vio tremendamente afectado por la presencia de estos colonizadores. La influencia de la cultura griega no se redujo a la zona donde se hallaban sus asentamientos permanentes, sino que se extendió por las restantes regiones gracias a los contactos comerciales que establecieron con los pueblos autóctonos. En el mundo etrusco, muy presente en Campania, como veremos, se observa un gran influjo de la civilización helena.

No hay datos arqueológicos que puedan confirmar un origen griego de Pompeya, pero su presencia se plasma claramente a través de diferentes restos. En varias casas, como la de Amaranto y la de Baco, se han encontrado materiales cerámicos griegos, y algunos espacios sacros muestran la huella del mundo helénico. Por ejemplo, es innegable que los griegos fueron los responsables de la difusión del culto a Apolo (ya hemos visto que era la divinidad que, desde Delfos, orientaba a los colonos y que también les acompañaba como guía en su ruta), al que se dedicó un templo hacia el siglo VI en el que han aparecido restos de cerámicas griegas y etruscas. Este tipo de materiales, y de la misma época, han sido hallados también en el templo que se cree estaba dedicado a Heracles/Hércules y Atenea/Minerva (Templo Dórico), dotado asimismo de planta y decoración griegas.

Junto a la influencia griega encontramos también la etrusca. Fragmentos de *bucchero* etrusco con grafitos en el Templo de Apolo y otros vestigios hallados en casas y en la zona donde más tarde se construirían las Termas Estabianas así lo ponen de manifiesto, sin olvidar restos estructurales, como la columna etrusca de la casa homónima. La presencia de etruscos en Campania data del siglo VII, aunque no comenzaron a asentarse en el valle del Sarno y en otras zonas del entorno, como Nola y Capua, hasta la centuria siguiente, donde favorecieron el crecimiento y desarrollo de los asentamientos. En el siglo VI la coincidencia de intereses de griegos y etruscos en la misma zona fomentó la génesis de conflictos que tuvieron su colofón en el año 474 a.C., cuando el tirano Hierón de Siracusa venció a los etruscos en aguas de Cumas, acabando con la influencia de esta cultura en Campania.

El vacío dejado por los etruscos sería aprovechado por las poblaciones samnitas. Este pueblo, organizado en una confederación tribal, hablaba la lengua osca y procedía de la región central de la península itálica. Desde el siglo VI ya había comenzado a avanzar hasta las llanuras campanas estableciendo relaciones fluidas tanto con los griegos como con los etruscos asentados en la zona. Pero no iban a tardar en producirse conflictos de intereses asociados al control del territorio y los recursos. En el año 525 a.C. los etruscos de Capua atacaron Cumas con mercenarios samnitas. Los griegos repelieron el ataque y consiguieron acabar con la presencia etrusca en 474, animando con ello la llegada de nuevos aportes samnitas a la zona, que a partir de los años treinta aparecerán mencionados en las fuentes como «campanos». Éstos van a conseguir la hegemonía en Campania al conquistar Capua en 423 y Cumas en 420. Los griegos, refugiados en Neápolis, fueron desplaza-

dos física y culturalmente. El osco sustituyó al griego y en el siglo v la zona estaba ya bajo control samnita.

En Pompeya los hallazgos arqueológicos disminuyen sustancialmente durante este siglo, por lo que resulta difícil saber quién estaba ocupando el recinto amurallado, si es que lo ocupaba alguien, pues algunos arqueólogos creen incluso que la ciudad pudo ser abandonada durante un periodo imposible de precisar. Los acontecimientos históricos que hemos destacado invitan a pensar que los samnitas estaban ocupando Pompeya a finales del siglo v y que la ciudad se integró a comienzos de la centuria siguiente en la federación de ciudades samnitas de la que formaban parte las comunidades de su entorno: Nuceria (al frente de la agrupación), Herculano, Estabia, etcétera.

A partir del siglo iv se produce un aumento paulatino de los hallazgos, que apuntan cada vez de manera más clara a la presencia samnita en el asentamiento. Los cimientos de algunas casas, como la del Fauno, y santuarios, como el de los Lares Públicos, pueden relacionarse con estructuras habitacionales samnitas. Por otra parte, en el espacio que más tarde sería consagrado a Venus, los arqueólogos han encontrado recientemente un muro, una palangana, tubos de terracota y algunas ofrendas de arcilla dedicadas a Mefitis, diosa samnita del amor y la fertilidad (como Afrodita/Venus), sin olvidar las tumbas samnitas que se han excavado en el exterior de la puerta de Herculano y de Estabia. Una reestructuración urbanística, que afectó a la creación de nuevos ejes perpendiculares y a la construcción de torres en la muralla, llegaría más tarde, hacia finales del siglo iv.

Pero la Pompeya samnita que hablaba osco y dejó testimonio de su lengua en los grafitos de las paredes de la ciudad también tenía los días contados. La primera amenaza a la que tuvo que hacer frente fue a la de sus iguales. Aprovechando

la pérdida de influencia de griegos y etruscos en Campania, nuevas oleadas samnitas descendieron del centro de la península itálica para asentarse en la bahía de Nápoles. Capua, repoblada por los campanos (recordemos, también samnitas) a partir de 423, pidió ayuda a Roma en 343 para repeler el ataque. Los romanos acudieron encantados. Era el *casus belli* que les iba a proporcionar la oportunidad de conquistar el sur de la península.

Se abría así el conflicto bélico que conocemos como «Guerras Samnitas». Éste iba a extenderse desde 343 hasta 270 y pondría fin al predominio de los samnitas en la zona. A ello aludiría más tarde Estrabón —geógrafo nacido en Amasia (Asia Menor) que había publicado hacia finales del siglo I a.C. una *Geographia* dividida en diecisiete libros— al decir que griegos, etruscos y samnitas fueron expulsados de Pompeya:

Seguidamente se encuentra la fortaleza de Heraclio, situada en un promontorio que sobresale en el mar y que es batido por el viento del suroeste de manera tan extraordinaria que hace de la plaza un asentamiento saludable. Los oscos la tenían bajo su dominio, como la vecina Pompeya, por la que fluye el río Sarno, después pasó a los tirrenos [etruscos] y a los pelasgos [griegos] y, posteriormente, a los samnitas, pero también éstos fueron expulsados del lugar. Pompeya sirve de puerto a Nola, Nuceria y Aquerras, localidad homónima de la que está cerca de Cremona, a través del río Sarno, por el que entran y salen las mercancías.⁴

Los romanos vencieron a los samnitas que habían amenazado Capua en la Primera Guerra Samnita, que se extendió entre 343 y 341 a.C. Roma controlaría a partir de este momento el norte de Campania, pero no iba a resultarle tan fácil mantener su predominio.

En 327 se inició la Segunda Guerra Samnita. Neápolis se encontraba dividida por conflictos internos. Para resolverlos, una facción recurrió a Nola —consiguiendo que entrase en la ciudad una guarnición samnita—, mientras que otra acudió a Capua, que, a su vez, solicitó la ayuda de los romanos. En 321, Roma sufrió en la batalla de las Horcas Caudinas, una de las peores derrotas de su historia militar, pero logró reponerse cerrando el conflicto como vencedora en el año 304. Los combates, sin embargo, se reanudaron en 298 (Tercera Guerra Samnita), alentados por el peligro que suponía para los romanos la alianza gestada entre samnitas, etruscos, galos y umbros. La ya imparable República romana acabaría con sus oponentes en el año 290, convirtiendo a las ciudades de Campania en aliadas.

A comienzos del siglo III Pompeya era una más de esas ciudades campanas aliadas de Roma. Eso, en la práctica, suponía no poder tomar decisiones en política exterior y tener que aportar soldados al ejército romano, pero, al mismo tiempo, le permitía el mantenimiento de su independencia en política local y el osco como lengua más utilizada. Su condición de aliada implicaba también que ahora Pompeya era enemiga de los enemigos de Roma.

En 216, dentro del contexto de la Segunda Guerra Púnica (219-201), los cartagineses dirigidos por Aníbal arrasaron Campania. Pompeya se mantuvo leal a Roma frente a otras ciudades que, como Capua, se pasaron al bando cartaginés. Los romanos castigaron la traición de estas ciudades, pero también sufrieron terriblemente quienes siguieron del lado romano. Nuceria, por ejemplo, fue destruida por las tropas de Aníbal.

Al finalizar el conflicto —como ya sabemos, con una nueva victoria de los romanos en la batalla de Zama (202 a.C.)—, la situación en toda el área campana debía de ser terrible. La mayor parte de las ciudades habían sido destruidas por unos o

por otros, se había interrumpido la actividad económica y mucha gente había quedado sin medios de subsistencia. Es posible, como apuntan algunos especialistas, que ésta sea la razón por la cual desde finales del siglo III se observa una aceleración del ritmo constructivo en Pompeya, que, por no haberse visto tan directamente afectada por la guerra, habría comenzado a acoger dentro de sus murallas a gentes que habían tenido que abandonar sus lugares de origen. Los gentilicios latinos asociados a Capua y Nuceria encontrados en inscripciones pompeyanas vendrían a apoyar esta tesis. Se ha pensado que al menos parte de esos desplazados instalados en Pompeya habrían recibido lotes de tierra en la Región I, donde hay varias hileras de casas de tamaño y aspecto semejante que datan de finales del siglo III, comienzos del II a.C.

En efecto, es a partir de finales del III cuando comienza a observarse un progresivo e imparable crecimiento de la ciudad. Los escasos restos del siglo VI o las reducidas dimensiones de las casas del IV que nos hablaban de una comunidad agraria dan paso a un aumento de las construcciones públicas y privadas que muestran lo que ya es una verdadera ciudad desde estas fechas en adelante. La Casa del Fauno se construye en este momento, y con ella la de Pansa o la del Centenario. Aumenta el número de casas, pero también el tamaño de las mismas (la Casa del Fauno, con sus 3.000 metros cuadrados, sigue siendo la más grande de las excavadas en la ciudad), que se caracterizarán por la presencia del atrio, patio en torno al cual se disponían las estancias y en cuyo centro se encontraba el *impluvium*, pequeño estanque en el que se recogía el agua de lluvia que entraba a través del *compluvium*, abertura en el tejado.

También en el siglo II comienza la monumentalización del foro, la plaza pública donde se trataban los negocios y se celebraban las asambleas y los juicios. Se pavimentó su suelo

y se construyó la basílica —donde tenían lugar los juicios y las transacciones económicas—, el *macellum* —mercado— y el Templo de Júpiter, Juno y Minerva (algunos autores creen que primero estuvo dedicado sólo a Júpiter, como dios más importante del panteón, y que sólo después de que los colonos romanos se instalasen en Pompeya en el año 80 a.C. se consagró a la Tríada Capitolina).

La basílica de Pompeya ocupaba unos 5.000 metros cuadrados y se levantaba sobre un edificio anterior de función desconocida. Se trata de una gran nave rectangular rodeada de columnas, en la que se entraba subiendo por una gran escalinata, al fondo de la cual se levantaba una plataforma (tribunal) donde se colocaría el juez con sus asistentes. Debajo de esta plataforma había un sótano que, se ha supuesto, podía servir como calabozo para retener a las personas pendientes de juicio. El acceso se realizaba a través de una entrada principal ocupada por cinco puertas.

El *macellum* ha sido uno de los edificios de identificación más controvertida. Su decoración con pinturas y estatuas, estructura (con un pórtico y una construcción circular en el centro) y situación (en el foro) hicieron pensar que se trataba de un templo, hasta que los arqueólogos descubrieron restos de pescado y huesos de animales en los desagües. Estos datos permitieron llegar a la conclusión de que, en realidad, se trataba de un mercado con tiendas en su interior al que los pompeyanos acudían para comprar carne y pescado.

En cuanto al Templo de Júpiter (o de la Tríada Capitolina), sabemos que fue construido entre 150 y 120 a.C. sobre un espacio que no había sido ocupado con anterioridad. Presidía el foro elevándose sobre un gran podio (hueco, tal vez un almacén para guardar las ofrendas) al que se accedía subiendo por una escalinata y que pretendía marcar la relevancia que había

adquirido en la ciudad la divinidad más importante del estado romano, Júpiter. Éste era el dios del cielo, de la luz del día y de los fenómenos atmosféricos, en especial del rayo, y se asimiló al Zeus griego. Cuando Roma alcanzó el papel preponderante entre los latinos se fundó un templo dedicado a Júpiter en la colina del Capitolio que suplantaba al santuario de Júpiter Lacial en el monte Albano. Hasta ese templo se llevó también el culto de Juno (la esposa del jefe del panteón) y Minerva (diosa de la guerra, de los artesanos y de la sabiduría), constituyéndose entonces la Tríada Capitolina. Al instaurarse la República, el Capitolio se consagró a Júpiter Óptimo Máximo, cuyo culto, junto al de Juno y Minerva, fue el más importante en todas las colonias romanas.

En el siglo II a.C. también se levantó otro templo fuera del foro. Se trata de un pequeño santuario construido cerca de los teatros, que no se sabe muy bien a quién fue dedicado. Como dentro del templo se encontraron dos estatuas de terracota que representaban a un dios y una diosa, y una inscripción hallada cerca de la puerta de Estabia mencionaba un santuario dedicado a Júpiter Miliquio, se pensó que en ese lugar podría haberse venerado a este dios, junto a su compañera, Juno. Sin embargo, más recientemente, los investigadores defienden que este templo estuvo dedicado a otra divinidad, Esculapio, el patrón de la medicina. Si esto fuera así, tal vez en el santuario se practicara la *incubatio*, un rito que llevaba a los devotos a pasar la noche en el templo con la esperanza de que el remedio para su mal les fuera revelado en sueños.

Pero los pompeyanos del siglo II no se olvidaron de las actividades lúdicas. En algún momento de esta centuria se levantó el Teatro Grande, que es de tipo helenístico y tiene capacidad para unos cinco mil espectadores. La *cavea* (donde

están los asientos de los espectadores) se construyó sobre un terraplén, frente a un escenario exento, adosado al cual se situó un pórtico con setenta y cuatro columnas de orden jónico.

También en esta centuria se construyó la Palestra Samnita. Se trata de un gimnasio o campo de ejercicios rodeado de columnas, levantado con dinero público como corrobora una inscripción escrita en lengua osca. Estaba ubicada al norte del Teatro Grande, entre el Templo de Isis y la entrada al Foro Triangular. Hay especialistas que creen que su tamaño es demasiado pequeño como para ser un buen gimnasio al aire libre, por lo que podría ser utilizado como espacio para celebrar banquetes y exhibiciones militares.

Además de vivir en mejores casas (al menos, algunos) y de disfrutar de los nuevos espacios públicos de la ciudad, los habitantes de Pompeya ampliaron su dieta incorporando especias llegadas desde otros puntos del Mediterráneo. Eso, entre otras cosas, significa que habían aumentado las relaciones comerciales con otros puertos, lo cual está también corroborado por el hallazgo de cerámicas griegas y monedas egipcias en el yacimiento o por la presencia de nombres pompeyanos en otros lugares de la cuenca mediterránea. Pompeya se había convertido en una gran productora de vino y aceite que exportaba a otros lugares y enriquecía a los propietarios agrícolas de la ciudad.

También se presupone que a lo largo de este siglo, y teniendo en cuenta el aumento del tráfico comercial, se haría imprescindible una mejora de las infraestructuras portuarias de la ciudad. Después de las Guerras Púnicas, Puteoli (Pozzuoli) fundada como colonia en 194, iba a convertirse en el puerto comercial más importante de la zona, lo que también beneficiaría al de Pompeya, escala ineludible de la costa campana. La ciudad, como señalaba Estrabón, servía de puerto a Nola,

Nuceria y Aquerras, porque el río Sarno facilitaba las comunicaciones hacia el interior. Sin embargo, la ubicación del puerto de Pompeya sigue siendo un misterio. En la actualidad, el mar está a unos dos kilómetros del yacimiento, pero en la Antigüedad estaba mucho más cerca. Tampoco se conoce con exactitud cuál era el curso del río, ni siquiera si el puerto era marítimo, fluvial, o ambas cosas. En general, se tiende a ubicar el puerto, bien cerca de la puerta Marina (precisamente en la muralla, junto a ésta, pueden verse unas argollas que podrían ser los amarraderos de las naves), bien en las proximidades de la vía de Estabia (donde existen indicios de actividad comercial que conectan esta área con las excavaciones realizadas en el margen derecho del río Sarno, en Moregine). Hay arqueólogos que piensan que pudo haber dos puertos, algo, por otra parte, muy habitual en el mundo antiguo. El que presumiblemente estaba junto a la puerta Marina se habría utilizado para llevar a tierra las naves de guerra (por eso habría quedado en desuso en el siglo I a.C.), y el otro, bajo el Templo de Venus, sería el puerto comercial, pues junto a esta zona se han encontrado algunos almacenes. Todas estas hipótesis son interesantísimas y ofrecen un amplio abanico de posibilidades, pero a día de hoy no se han localizado restos que identifiquen el puerto sin lugar a dudas. La erupción del Vesubio y los terremotos modificaron hasta tal punto la línea de costa que lo más probable es que las infraestructuras portuarias no aparezcan jamás.

El crecimiento y desarrollo de la ciudad era ya un proceso imparable que los acontecimientos políticos del siglo I no sólo no iban a frenar, sino que vendrían a potenciar. En el año 91 a.C. estalló la Guerra Social, es decir, el enfrentamiento entre los *socii* (socios o aliados itálicos) y Roma. Los primeros consideraban intolerable que, a pesar de su participación directa en

las grandes conquistas territoriales que estaban llevando a cabo los ejércitos de Roma, la República no les brindase los mismos derechos ciudadanos de los que disfrutaban los romanos. Roma decidió, un año después del primer choque, conceder la ciudadanía a todos aquellos pueblos al sur del río Po que se hubiesen mostrado fieles. Esta decisión abrió una brecha entre las ciudades aliadas, puesto que algunas optaron por aceptar la oferta mientras que otras prefirieron continuar adelante con la revuelta. Pompeya fue una de estas últimas, lo que le costó el asedio de la ciudad en el año 89 a.C. Lucio Cornelio Sila, que llegaría a gobernar como dictador en Roma masacrando a sus oponentes, fue el encargado de dirigir el ataque y, aunque no saqueó la ciudad una vez que ésta se hubo rendido (bombardeada por proyectiles que dejaron su huella en la muralla norte), sí llevó a cabo una política de confiscaciones que tuvo como objetivo la obtención de tierras con las que poder recompensar a los veteranos de su ejército que lucharon en la campaña oriental. Éste era el procedimiento habitual, es decir, después de años de servicio, los soldados recibían una parcela de tierra en la que se asentaban con sus familias y que les proporcionaba un medio de vida ahora que ya no servían a Roma en su ejército. Eran los colonos.

Pero antes de que llegasen los nuevos habitantes, en torno al año 87 a.C., Pompeya recibió el estatuto de municipio, que era el privilegio que se concedía a antiguas urbes no romanas (*peregrinas*) cuyos habitantes recibían colectivamente el derecho de ciudadanía romana. Al frente de la ciudad quedaba entonces un colegio de cuatro magistrados (*quattuorviri*) encargados del gobierno local y un cuestor (*quaestor*). Este último, heredero del *kvaisstur* osco, tenía en el mundo romano como función principal la administración del tesoro de la comunidad, así como la protección del archivo ciudadano. El cuestor era el grado más bajo del *cursus honorum*, conjunto de cargos

político-administrativos que todos aquellos individuos con aspiraciones debían ejercer.

Con los veteranos del ejército de Sila que habían luchado en Oriente establecidos intramuros, Pompeya se refunda en el año 80 a.C. como *Colonia Cornelia Veneria Pompeiana* (Colonia Cornelia Pompeyana bajo la protección de Venus). El título de «colonia» le confería un estatuto privilegiado que pocas ciudades disfrutaban en este momento. *Cornelia* vinculaba la ciudad con la familia Cornelia, la de Sila, y *Veneria*, hacía referencia a la diosa que a partir de ese momento pasaba a ser la patrona de la ciudad, Venus, a quien Sila tenía una especial devoción. El templo de la deidad benefactora iba a levantarse en el lugar en el que los samnitas habían venerado a Mefitis, nada más entrar en la ciudad a través de la puerta Marina.

Como colonia que era, Pompeya debía adaptarse cuanto antes al sistema de organización romano. Esto significaba que la antigua autoridad osca, el *meddix tuticus*, tenía que desaparecer en beneficio de las instituciones republicanas. La colonia debía disponer de un consejo municipal con poder legislativo (*ordo decurionum*), unos comicios o asamblea popular (*comitium*) y una serie de magistrados entre los que se encuentran los duunviros (*duoviri iure dicundo*, literalmente, «dos varones encargados de dictar la ley») y los ediles (*aediles*).

El consejo municipal o consejo de los decuriones estaba formado por unos cien ex magistrados, que ejercían el cargo con carácter vitalicio, aunque incorporaba nuevos miembros cada cinco años. En la colonia eran los encargados de financiar las actividades comunales (fiestas, juegos), de abastecer la ciudad de artículos de primera necesidad (como el agua) y de realizar repartos de dinero.

En cuanto a los magistrados, los dos duunviros tenían funciones religiosas (organización de fiestas, juegos, supervisión

de los sacerdocios), convocaban y presidían las asambleas legislativas y electorales, impartían justicia y se encargaban de administrar las finanzas municipales, así como de la firma de tratados con otras comunidades. Para ser elegido duunviro era necesario haber ejercido antes como edil, ser varón mayor de veinticinco años (este requisito se podía obviar en caso de necesidad), no haber sido condenado y no haber ejercido ningún oficio infamante (gladiador, por ejemplo). Se podía repetir varias veces en el cargo. Los que lo ocupaban coincidiendo con el quinquenio, es decir, cada periodo de cinco años, eran llamados duunviros *quinquennales* y estaban encargados de confeccionar el censo. Además, tenían que revisar el registro de los decuriones para eliminar de él a aquellos que no cumplieren con los requisitos o incorporar a quienes los hubiesen alcanzado. También, a partir de Tiberio, la ciudad podía nombrar duunviro honorífico al emperador o a su heredero. Era una manera de agradar (o más bien «pelotear») al gobernante, aunque no ejerciese directamente el cargo. En su lugar enviaba a un prefecto que hacía las veces de duunviro en nombre del emperador. Calígula, por ejemplo, ocupó este cargo en Pompeya en dos ocasiones, en 34 y en 40 d.C.

Por su parte, los ediles eran dos magistrados de categoría inferior a los duunviros. Se encargaban de la seguridad de la ciudad, por lo que debían dirigir el cuerpo de policía. También estaban obligados a velar por el aprovisionamiento del mercado y la vigilancia del mismo, así como por la regulación de los juegos públicos.

Duunviros y ediles eran elegidos por los comicios (*comitia*) en los que se integraban todos los ciudadanos varones libres. Éstos acudían a votar convocados por el duunviro de mayor edad, y de ellos dependía el éxito de las diferentes candidaturas presentadas. En Pompeya los interesados en alcanzar las

magistraturas invertían mucho dinero en agradar a los ciudadanos a través de la celebración de juegos o de la construcción y restauración de edificios públicos con el fin de conseguir los votos necesarios. También se hacían anunciar con pintadas en las calles, como las que se han encontrado en la vía de la Abundancia. Son los *programmata*, carteles electorales —reclamos sencillos del tipo: «Os pido que elijáis a Holconio Prisco, que es digno de ostentar un cargo público como duunviro»— a través de los cuales los propios candidatos o más frecuentemente colegas suyos pedían el voto.

Durante los veinte primeros años de vida de la nueva colonia, las magistraturas fueron ejercidas por los colonos romanos, como muestra la inexistencia de nombres oscos entre los funcionarios de la ciudad. Las relaciones entre romanos y autóctonos no debieron de ser excesivamente cordiales si tenemos en cuenta que Cicerón, político y orador romano que tenía casa en Pompeya, alude a desavenencias entre ellos,⁵ algo lógico dado que los habitantes de la ciudad habían sido desplazados por los nuevos colonos.

Además de los duunviros y ediles, en Pompeya está documentada la existencia de prefectos (*praefecti*) y patronos (*patroni*), aunque en momentos posteriores. El prefecto era un funcionario que ocupaba el cargo en circunstancias excepcionales. Es el tipo de magistrado que reemplazó a Calígula como duunviro de Pompeya, el que se hizo cargo de la ciudad después de los disturbios del año 59 d.C. (provocados, como veremos, por una disputa iniciada en el anfiteatro) o el que reorganizó la comunidad después del terremoto de 62 d.C. (o de 63, ya veremos los problemas que genera la datación de este suceso). También excepcional era el nombramiento de un patrono. Éste era un individuo famoso o de prestigio, elegi-

do por la ciudad para defender los intereses de la comunidad ante Roma, tal y como sucedió con Marco Holconio Rufo o con Marco Claudio Marcelo, sobrino y presunto sucesor de Augusto.

También hay constancia de que a algunos personajes de prestigio se les concedió un cargo propiamente militar pero con connotaciones meramente honoríficas, el de tribuno militar (*tribunus militum*). Éste era un mando militar que en la época del Principado fue ejercido por jóvenes aspirantes al *cursus honorum* senatorial o ecuestre. Tenemos constancia de que en Pompeya fue concedido, a petición del pueblo (según se hace constar en las inscripciones), a relevantes individuos, como el también patrono Marco Holconio Rufo, Aulo Clodio Flaco, Marco Tulio o Aulo Veio.

Los cambios políticos vinieron necesariamente acompañados de transformaciones en el aspecto de la ciudad. Para empezar, los colonos tendrían que construir sus casas. Se desconoce si eligieron una zona determinada de la ciudad, aunque se ha propuesto que, sobre todo aquellos que iban a copar las plazas del funcionariado local, se construyeron algunas de las viviendas más ricas con vistas al mar, en la parte occidental de la ciudad, próximas a la puerta Marina (por ejemplo, la Casa de Fabio Rufo o la del Brazalete de Oro).

Pero la actividad edilicia fue también intensa durante los siglos II y I. Se construyó el anfiteatro, edificio propiamente romano que nace de la fusión de dos teatros y en el que se celebraban los espectáculos gladiatorios (*munera*) y las luchas de animales (*venationes*). El anfiteatro pompeyano tenía capacidad para unos quince mil espectadores y es el más antiguo de todos los que han llegado hasta nuestros días. Los colonos, evidentemente, no podían prescindir de los espectáculos públicos que

tantas satisfacciones daban al pueblo que debía apoyarles. Dos duunviros quinquenales, Gayo Quincio Valgo y Marco Porcio, fueron los promotores de esta construcción hacia el año 70 a.C., aproximadamente, y celebraron su inauguración con espectáculos costeados por ellos mismos, según se hace constar en una inscripción situada en una de las puertas de entrada (un lugar bien visible, para que todo el mundo pudiera ver hasta dónde había llegado su munificencia). Para levantar el anfiteatro fue necesario derruir algunas casas en unas tareas verdaderamente complejas que implicaron la construcción de un talud artificial, con la tierra extraída al excavar la zona donde iría la *arena* (espacio central donde tienen lugar los juegos), sobre el que se apoyaba parte de la *cavea*. La otra zona de la *cavea* descansaba sobre una ladera natural.

Los duunviros y ricos propietarios de viñedos (el vino de la zona iba siendo cada vez más apreciado), Valgo y Porcio, también promovieron la construcción del odeón, un teatro cubierto con capacidad para unos dos mil espectadores, donde se realizaban, preferentemente, representaciones musicales y declamaciones. También aquí fue necesario levantar una estructura que soportase una *cavea* semicircular muy inclinada.

En la zona del foro, el centro neurálgico de la ciudad, se abordaron algunas obras. Se emprendieron remodelaciones en sus edificios públicos y en el templo dedicado a la Tríada Capitolina. Éste quedó transformado en un capitolio con tres cámaras que albergaban las estatuas de Júpiter, Juno y Minerva. También se construyeron las termas (los baños públicos). Este tipo de instalaciones era imprescindible en las ciudades romanas, y el aumento de población hacía necesario construir nuevas termas o ampliar las ya existentes. Esto último fue lo que sucedió con las conocidas como Termas Estabianas.

Por supuesto, los espacios dedicados a los dioses no fueron olvidados. Aparte de construir el santuario para la nueva deidad protectora de la ciudad, Venus, se levantó un nuevo altar en el Templo de Apolo.⁶ El altar era la instalación más importante de cualquier templo. Un santuario (espacio sacro bien delimitado que podía estar al aire libre) podía no tener un templo (que era el edificio que albergaba la estatua del dios), pero siempre debía tener un altar en el exterior, pues ése era el lugar donde se celebraba el ritual más importante de la religión romana: el sacrificio. Si en ese momento el lugar consagrado a Apolo en Pompeya fue dotado de un nuevo altar, es que el culto del dios griego seguía siendo uno de los más importantes de la ciudad. Y lo seguirá siendo.

El siglo I a.C. estuvo marcado por las guerras civiles que, sin embargo, no debieron de afectar demasiado al devenir cotidiano en Pompeya. El final de las mismas, que se saldaría con la desaparición de la República y el nacimiento de un nuevo orden político, el Principado, sí que repercutió en la vida de la ciudad campana.

Los efectos se perciben nuevamente en la actividad constructiva. Ésta pudo ser consecuencia de la *pax romana* alcanzada por Octavio Augusto y simbolizada con el cierre de las puertas del Templo de Jano y la erección del *Ara Pacis* en Roma. La paz había favorecido una reactivación de la economía (ahora tocaba disfrutar de las victorias) y una política edilicia que tenía como primer objetivo la transformación de Roma en la capital de un gran imperio. No era sólo cuestión de serlo, sino también de parecerlo. Esa política constructiva —favorecida por la bonanza económica— afectó también a otros lugares, porque las ciudades del imperio se mostraban a favor de agradar al nuevo gobernante dedicándole templos,

estatuas y todo tipo de honores. El culto imperial, que hacía llegar a todos los rincones las bondades (virtud, clemencia, justicia y piedad) de un emperador-benefactor, cohesionaría religiosamente todo el imperio.

Pompeya no iba a ser menos. A comienzos de la etapa imperial, se construyó el Templo de la Fortuna Augusta. Éste estaba dedicado a Fortuna, divinidad del destino y la buena suerte, pero con el título oficial de «Augusta», advocación asociada al propio Augusto que la diosa llevó en Roma y en todas las provincias imperiales. Fortuna Augusta era invocada para solicitar buena salud, suerte durante un viaje y todo tipo de beneficios para el emperador, que era lo que, en última instancia, los pompeyanos, y más concretamente Marco Tulio, el duunviro que hizo donación del terreno y costeó su construcción, querían demostrar.

A comienzos del siglo I d.C. se erigió también en el foro el conocido como Edificio de Eumaquia. Se trata de una construcción de función desconocida. Tradicionalmente se ha supuesto que podría ser la sede del gremio de los bataneros o el mercado de la lana, porque la estatua dedicada a la sacerdotisa Eumaquia (no sabemos a qué divinidad prestaba sus servicios, tal vez Ceres o Venus, aunque sí que pertenecía a una de las familias más importantes de la ciudad) que hay dentro del edificio había sido costeada por estos profesionales. Sin embargo, no hay datos suficientes que corroboren esta hipótesis, como tampoco los hay para sostener otras, como la que, por ejemplo, sugiere que el edificio albergaba el mercado de esclavos o el lugar donde habitualmente se celebraban las subastas.

Gracias a las inscripciones expuestas en la entrada del edificio —por cierto, el más grande del foro—, sabemos que fue costeado por la sacerdotisa, en su nombre y en el de su hijo, Marco Numistrio Fronto, y que fue dedicado a la Concordia

y a la Piedad Augusta. Pero su deseo de sumarse a la nueva ideología imperial no acababa aquí. En dos hornacinas de la fachada se colocaron unas estatuas que debían de representar a Eneas y a Rómulo, porque justo debajo de ellas había sendas inscripciones que ensalzaban las hazañas de ambos héroes.⁷ Las esculturas habían sido copiadas de las originales que lucían en el Foro de Augusto en Roma y que también estaban acompañadas por inscripciones semejantes. No olvidemos que, en época de Augusto, Virgilio, por encargo directo del príncipe, reorganizó en la *Eneida* las tradiciones sobre la fundación de la ciudad con el fin de mostrar al mundo entero la gloriosa estirpe de sus primeros reyes, antepasados directos de su actual gobernante. Se hacía proceder a la familia Julia (la de Augusto) de Rómulo, descendiente a su vez de Ascanio o Julio (*Iulio* = *Iulia*, todo cuadraba), el hijo de Eneas, héroe troyano cuya madre era nada más y nada menos que la diosa Afrodita/Venus (y su padre un mortal, Anquises). Y mira por dónde, ésta era la diosa protectora de la ciudad desde el año 80 a.C., con lo cual venerar a Venus era también rendir culto al emperador.

Pues bien, el Edificio de Eumaquia, además de estar dedicado a la Concordia y a la Piedad Augusta, de contar con unas estatuas (presumiblemente copiadas de unas esculturas del Foro de Augusto) y de lucir una escultura de la sacerdotisa sospechosamente parecida a las de Livia (la esposa del Príncipe), tenía su entrada principal enmarcada por una decoración de hojas de acanto que se han comparado con las guirnaldas del *Ara Pacis* de Augusto, también en Roma. Eumaquia tenía mucho dinero y debía de querer emplearlo en ganarse el favor de la ciudad y del emperador, seguramente para promocionar a su hijo, llevando a Pompeya un trocito de la capital.

Pero resulta curioso que el consejo ciudadano no pagase los funerales o cediese el terreno donde se alzaba la tumba de

esta sacerdotisa, como hizo con otros muchos benefactores de la ciudad (o benefactoras, como Mamia, una de las mujeres de más rancio abolengo, cuya sepultura se alzaba en la necrópolis de la puerta de Herculano en un terreno regalado por el consejo).⁸ No sabemos si eso a Eumaquia le importó, tal vez sí, y por ello, con cierto despecho, se hizo construir en la necrópolis de la puerta de Nuceria el sepulcro más grande de toda la ciudad.

El foro albergaba otro edificio, el Santuario de los Lares Públicos, que, según algunos arqueólogos (otros retrasan la fecha de fundación), se levantó en época de Augusto y estuvo también vinculado a la difusión de la nueva ideología imperial. Los Lares eran divinidades, o más bien semideidades, típicamente romanas que tenían a su cargo la protección del ámbito doméstico. Su dimensión «pública» les haría protectores de la ciudad, y desde esta perspectiva, sería lógico que velasen por el genio del emperador. El «genio» (*genius*) era una especie de «ángel de la guarda» que acompañaba al individuo. El más importante de toda casa era el genio del *pater familias* (la máxima autoridad en el entorno doméstico), que era honrado de una manera especial por ser el que velaba por la perpetuación de la familia. Sabemos que el Santuario de los Lares Públicos albergaba varias estatuas, pero desconocemos a quiénes representaban. Por esa relación de los Lares con el genio, se ha supuesto que una de ellas podía ser la del genio de Augusto que, como máximo representante del estado (*pater patriae* o padre de la patria), sería honrado en el santuario de quienes protegían la casa de todos.

Apolo, divinidad a la que Augusto se sentía especialmente unido, no fue olvidado en Pompeya. El *princeps*, agradeciendo la ayuda que el dios le había prestado en la victoria nacional de Actium en el año 31 a.C., construyó un templo en su honor

en el Palatino en Roma y sintió siempre por Apolo una especial predilección. Quizá por esta razón, o simplemente porque el culto apolíneo de Pompeya estaba fuertemente consolidado, también durante el periodo augústeo los duunviros de turno abordaron algunas reformas (incorporación de una nueva columnata y donación de un reloj de sol) en el templo dedicado a esta deidad.⁹ Y es que los magistrados debían de sentirse también muy vinculados a Apolo, pues su mandato comenzaba con la celebración de los juegos en honor de este dios, entre el 6 y el 13 de julio.

El auge constructivo de la época augústea no podía olvidarse de uno de los edificios públicos más queridos de los pompeyanos, el Teatro Grande. Éste fue remodelado gracias a la «generosidad» de dos reconocidos personajes de la ciudad, los hermanos Marco Holconio Rufo y Marco Holconio Celer. Según la legislación augústea (*Lex Iulia Theatralis*), en los edificios de espectáculos públicos los espectadores ocupaban puestos diferentes en función de la clase social a la que pertenecieran. Los varones ricos tenían que sentarse en las primeras filas o en los palcos, mientras que los libertos, las mujeres y los esclavos podían ocupar los restantes asientos. Los hermanos Holconio se aprestaron a agradar al emperador y al pueblo pompeyano financiando las obras de adaptación del teatro a la nueva normativa, costeando el corredor abovedado, los palcos y el auditorio.¹⁰ Por supuesto, todo esto se hizo constar en un lugar bien visible del teatro para que todo el mundo lo supiera. Además, para que nadie tuviese dudas de que todo se había realizado en honor del emperador, se colocó también una inscripción dedicada a Augusto y otras dos en las que se hacían constar los relevantes cargos ocupados por Marco Holconio Rufo y Marco Holconio Celer, entre ellos el de sacerdote de Augusto.¹¹

Y por si todo esto fuera poco, relativamente cerca del teatro, frente a las Termas Estabianas en la vía de la Abundancia, se levantó una estatua (coloreada) dedicada a Marco Holconio Rufo, en cuyo pedestal se hacían constar de nuevo todos los cargos públicos que había ejercido. Pero casi más relevante que esto es el hecho de que su imagen esté claramente inspirada en las representaciones en las que el príncipe aparecía con el atuendo militar, como el Augusto de Prima Porta, hoy en los Museos Vaticanos. No se trataba sólo de adecuarse a la nueva ideología imperial, sino incluso de emular al *princeps* de cara a la galería. La estatua tiene, por otra parte, una curiosa historia. Los especialistas han podido determinar que la cabeza que luce en la actualidad no es la original. Se ha supuesto que resultó dañada durante el terremoto, por lo que fue necesario colocar otra en su lugar. Como debían de andar escasos de presupuesto, no encargaron una nueva, sino que decidieron reutilizar una cabeza de otra estatua (más pequeña), que retocaron para otorgarle una fisonomía lo más parecida posible a la del fallecido. El duunviro que había ocupado todos los cargos importantes de la ciudad tuvo que conformarse con la cara apañada de otro.

La legislación augústea, que marcaba la existencia de una clara diferenciación social en los edificios públicos, afectó también al anfiteatro. Varias inscripciones dejan constancia de la inversión realizada por los duunviros en la remodelación de la *cavea*. Ésta tenía treinta y cinco hileras de asientos y estaba dividida en tres secciones: *ima cavea*, *media cavea* y *summa cavea*. Los ricos, como en el teatro, se sentaban en los asientos de abajo, en la *ima cavea*, y ni siquiera tenían que cruzarse con la chusma al entrar, pues accedían por el piso bajo, mientras que el resto de los espectadores entraban por las escaleras exteriores del edificio. Además, cada una de las secciones estaba separa-

da por balaustradas. El podio (*podium*), es decir, el muro que rodeaba la arena, estaba decorado con pinturas que representaban los espectáculos que normalmente se desarrollaban en estas instalaciones. Desgraciadamente, estas pinturas han desaparecido (se las llevó el frío invierno de 1816, un año después de que hubiesen salido a la luz), aunque sí se conservan los dibujos que se realizaron cuando fueron descubiertas.¹² En cualquier caso, las pinturas que los arqueólogos desenterraron en 1815 no son las que lucía el anfiteatro a comienzos del siglo I, sino las que habrían sido realizadas después del terremoto.

Los albores del siglo I iban a vivir un ritmo constructivo febril. El mercado de la carne y el pescado (*macellum*) fue remodelado, incorporando nuevos elementos decorativos. También sufrió algunos cambios la Palestra Samnita, aunque debió de quedar relegada a un segundo plano frente a la construcción de la espectacular Palestra Grande junto al anfiteatro. Fue necesario derruir algunas casas en la zona para levantar este gimnasio al aire libre que ocupaba 15.000 metros cuadrados. Se trata, como la Palestra Samnita, de un espacio porticado a donde los jóvenes acudían a hacer ejercicio y los soldados a entrenarse. Pocos detalles se dejaron al azar en esta construcción, que incluye piscina e instalaciones donde los deportistas podían ungirse de aceite y bañarse.

Fueron muchas más las construcciones públicas y privadas que se llevaron a cabo durante el periodo augústeo; entre ellas, las asociadas a las obras de ingeniería necesarias para el abastecimiento de agua. El *castellum aquae* (castillo del agua), situado junto a la puerta del Vesubio, redistribuía a través de tuberías el agua por toda la ciudad. Tradicionalmente se ha sostenido que el sistema era operativo desde finales del siglo I a.C., es decir, durante los primeros años del gobierno de Augusto, pero las últimas investigaciones apuntan a que ya, poco después de la

refundación de Pompeya como colonia, existía un suministro público de agua. Desde luego, las fuentes públicas localizadas por los arqueólogos son numerosas, más de cuarenta, y también las torres de agua que funcionaban como puntos de distribución y permitían reducir la presión. También comenzaría a ser cada vez más habitual que las casas grandes, pertenecientes, presumiblemente, a familias ricas de la ciudad, tuviesen agua corriente, incluso baños privados, por lo que estaban obligados a pagar un impuesto especial a la ciudad.

Es probable que algunas de las construcciones y remodelaciones que hemos mencionado se hiciesen, o culminasen al menos, durante el principado de Tiberio, el sucesor de Octavio Augusto, que subió al poder en el año 14 d.C. y estuvo al frente del gobierno de Roma hasta el año 37. Poco sabemos, sin embargo, del devenir histórico pompeyano durante este periodo y las sucesivas etapas de gobierno de los emperadores Calígula (34-41) y Claudio (41-54), salvo algunos acontecimientos aislados, así como nombres de duunviros y ediles que estuvieron al frente de la ciudad.

Como ya hemos mencionado, Calígula fue elegido duunviro de la ciudad en dos ocasiones: una poco antes de subir al poder, en 34, y otra en el año 40, al final del mismo. No se sabe exactamente si fue la propia Pompeya la que tuvo la iniciativa de nombrar duunviro al emperador para agradar al gobernante o si fue el gobierno central quien impuso este cargo para, mediante un prefecto, controlar el poder local. La mayor parte de los especialistas se inclinan por la primera opción. Como lo más lógico es que la ciudad erigiese una estatua al duunviro Calígula, y ésta no se ha encontrado, algunos arqueólogos han apuntado que la cabeza que la escultura de Marco Holconio Rufo lució desde 62 (ya hemos hablado

de ello anteriormente) había sido reciclada de la que representaba al emperador asesinado.

No hay constancia de que Claudio recibiese ningún honor de este tipo, ni tampoco de que se haya producido en Pompeya ningún acontecimiento reseñable durante su etapa de gobierno. Evidente es, no obstante, que tanto él como los emperadores que le precedieron y sucedieron se hicieron presentes en la ciudad gracias a la expansión y consolidación del culto imperial. Asimismo, igual que se hicieron votos por la Salud (*Salus*) de Calígula o de Nerón, como se sabe gracias a las inscripciones, es previsible que este tipo de ofrendas se realizasen también en honor de otros emperadores como Claudio. *Salus* era la personificación de la salud, la prosperidad y el bienestar público, por lo que, desde época de Augusto, se instituyó una ceremonia (que ya se celebraba anteriormente) en la que se realizaban votos y plegarias solicitando ventura y éxito para los generales, los magistrados y todo el pueblo en general, en cuyas peticiones ocupaba un lugar relevante, como no podía ser de otro modo, el propio emperador, guía del estado.

Durante el principado de Nerón (54-68), Pompeya va a saltar a la palestra por dos desgraciados incidentes: las disputas en el anfiteatro del año 59 y el terremoto de 62.

Un documento escrito, una pintura mural y, quizá, un grafito¹³ nos han dejado el recuerdo de lo sucedido en Pompeya en 59. Se trata de una noticia recogida por Tácito en sus *Anales* y un fresco hallado en la Casa de Actio Aniceto que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. El historiador Tácito, que vivió entre los siglos I y II d.C., escribió, entre otras obras, los *Anales*, que relataban la historia de Roma desde Augusto hasta Nerón. Estaban divididos en dieciséis libros de los que sólo se han conservado los cuatro

primeros, los seis últimos y algunas partes del V y el VI. Como veremos más adelante, fue el interés de Tácito por conocer las circunstancias que rodearon la muerte de Plinio el Viejo lo que motivó que su sobrino —Plinio el Joven— contase en una carta los detalles de la erupción del Vesubio del año 79, el documento clave que permite reconstruir la mayor catástrofe natural de la Antigüedad. No sé si Tácito se hubiese sentido identificado con Einstein cuando dijo: «Lo importante de todo es nunca dejar de hacerte preguntas. La curiosidad tiene su propia razón de existir», pero desde luego los historiadores que le sucedieron sí. Bendita curiosidad la del analista romano (aunque esto pertenece a otro capítulo).

Debemos ahora centrarnos en qué sucedió en el anfiteatro de Pompeya en el año 59. Tácito cuenta lo siguiente:

Por el mismo tiempo y a partir de una disputa sin importancia se produjo una terrible matanza entre colonos de Nuceria y de Pompeya, en el transcurso de unos juegos de gladiadores ofrecidos por Livineyo Régulo, de cuya expulsión del Senado ya di cuenta; pues, con la licencia propia de las ciudades pequeñas, empezaron por lanzarse denuestos, luego piedras, y al cabo tomaron las armas, saliéndose con la mejor parte la plebe de Pompeya, donde se celebraba el espectáculo. El caso es que muchos de los de Nuceria fueron llevados a la Ciudad [Roma] con el cuerpo lleno de mutilaciones, en tanto que la mayoría lloraba la muerte de hijos o padres. El príncipe delegó en el Senado el juicio sobre el asunto, y el Senado en los cónsules; pero el tema volvió de nuevo al Senado y se prohibió por diez años a los de Pompeya aquella clase de reuniones, y se disolvieron los colegios que habían constituido ilegalmente; Livineyo y los otros que habían provocado la sedición fueron castigados con el exilio.¹⁴

Nucerinos y pompeyanos se habían enredado en una disputa que había acabado con numerosos heridos y muertos, sobre todo entre los colonos de la ciudad de Nuceria. El acontecimiento se había desbordado provocando una tragedia de tal magnitud, que las víctimas acudieron a Roma para pedir justicia al emperador. Finalmente, habría sido el Senado el que decretase la prohibición de celebrar juegos en el anfiteatro de Pompeya durante diez años (castigo que se reduciría a seis, gracias a Nerón) y el exilio del promotor del acto e incluso, al parecer, de los duunviros de aquel año, puesto que se conserva el nombre de cuatro magistrados diferentes en 59. Parece que justo después de los disturbios, o en el intervalo entre la expulsión de los duunviros y la elección de los nuevos, se hizo cargo del gobierno de la ciudad un prefecto.

Aunque Tácito explica el altercado achacándolo a la falta de templanza de los provincianos, la verdadera razón de que se originase una pelea que sobrepasó con creces las riñas habituales que se producían entre los espectadores del anfiteatro pudo deberse a una antigua enemistad entre dos ciudades vecinas (como tantas veces sucede). Durante la Guerra Social, Pompeya se había sumado al bando de los pueblos itálicos, mientras que Nuceria había permanecido fiel a Roma y obtenido por ello algunos beneficios frente a la primera. Sin embargo, Nuceria debía utilizar el puerto de Pompeya (como contaba Estrabón) para efectuar sus transacciones comerciales, lo que podía servir a los pompeyanos para hacer prevalecer sus intereses y, de paso, fastidiar a los vecinos.

Sea como fuere, lo cierto es que una bronca de aficionados degeneró en un drama que, por alguna razón que desconocemos, fue representado en la pared de una casa. El curioso fresco viene a ilustrar con imágenes el relato de Tácito. En él puede verse el anfiteatro cubierto por el toldo que proporcio-

naba sombra y con los puestos de venta ubicados frente a la escalinata de entrada. Salpicando la escena, aparecen grupos de personas peleando (algunos armados) dentro, fuera del anfiteatro y alrededor de la palestra. El pintor, sin duda, quiso representar el momento de mayor auge de los disturbios, que probablemente se extendieron por otras zonas de la ciudad.

Seguro que este suceso dio mucho que hablar entre los habitantes de Pompeya, no sólo por los heridos y los muertos, sino también porque habían sido castigados a prescindir de una de sus mayores aficiones: los juegos del anfiteatro (aunque según algunos autores, no de todos, sólo de los de gladiadores). A pesar de todo, entonces no sabían que las consecuencias de los disturbios de 59 iban a parecerles una nimiedad frente a la tragedia que se avecinaba: el terremoto de 62.

Pero antes de llegar a ese desdichado acontecimiento, que, por otra parte, no sería más que un aperitivo de la erupción del Vesubio, veamos cómo era la vida en una ciudad de provincias como Pompeya.